

# Conflicto, violencia, criminalidad y represión

VÍCTOR M. GÓMEZ \*

A pesar de sus credenciales como vicerrectora, diplomática, diputada, la afirmación de que los niveles de inseguridad son números imaginarios es solo atribuible a su vocación de docente en matemática. Pero esta hipótesis es corolario de las circunlocuciones del Señor Presidente para justificar el nombramiento de la actual titular en el Ministerio de Seguridad Pública. Las declaraciones del mandatario el pasado 11 de abril son prueba fehaciente de la improvisación y ligereza con que los gobiernos, el actual y los precedentes, han manejado la integridad personal y la propiedad de los ciudadanos de este país.

¿Se puede descalificar como falsas las impresiones de la Ministra? Juzgue usted: desde hace ya algún tiempo se ha venido hablando del bono demográfico, como se ha denominado el creciente número de productores netos resultante de una favorable —aunque transitoria— estructura por edad originada en decrecientes niveles de fecundidad y de sostenida baja mortalidad. Esta dinámica demográfica, sin embargo, tiene también su lado negativo. Debido a la acentuación —envejecimiento— de esta estructura por edad, aun bajo tasas de delincuencia constantes, típicamente altas entre los 15 y los 50 años, debería esperarse un incremento en el número total de delitos, que pecando de superficialidad, podría ser atribuido a un incremento de la inseguridad, pérdida de valores y qué se yo cuáles otras inventadas razones.

En verdad, pareciera existir una confusión entre una serie de términos estrechamente relacionados: conflicto, violencia, criminalidad y represión. El conflicto se origina en una sociedad jerarquizada en la que los principios del liberalismo han fallado en producir un entorno integrado y es de naturaleza estructural. Más y más personas encuentran una creciente discrepancia entre los recursos a su disposición y sus metas —cambiantes y también en ascenso— inspiradas con estatus y patrones de conducta por emular de los medios de comunicación. La violencia es solo la punta del témpano —la cúspide visible del conflicto— y toma muchos matices desde el entorno familiar o



laboral hasta los hechos delictivos de robo y asesinato para citar solo los casos más graves.

Este entorno es ahora enrarecido con otra maldición: el narcotráfico, un problema que no teníamos —al menos en su actual magnitud. Sí, porque los esfuerzos están orientados a reducir la penetración de narcóticos en los Estados Unidos y la droga que no entra allá o el exceso sobre la demanda, lo comercializan las mafias locales en nuestros países. Estas disponen también de mecanismos de lavado de dinero desde instituciones financieras hasta casinos —omnipresentes en los desarrollos turísticos— en donde el juego es la pantalla de blanqueo de capitales y tras la cual coexisten otros vicios como la trata de blancas y la prostitución organizada. Más aun: ¿o ponemos policías y recursos o no se obtiene la certificación como país! ¡Es la política del garrote de Theodore Roosevelt otra vez! Se ha hablado de los carteles de Medellín, Cali, Tijuana, Juárez, etc. pero ni con el ánimo de aprender geografía se menciona la existencia de tales mafias en Los Angeles, Chicago, Las Vegas, Atlantic City, etc. ¡Nadie en su sano juicio creería que se dejaría a

los latinos el jugoso negocio de la distribución de las drogas en los Estados Unidos!

Pero es una coyuntura favorable para los gobernantes partidarios de las tesis de Hobbes y su Leviatán. La criminalidad y la (in)seguridad han facilitado la represión organizada que se ha convertido en un gran negocio —desde los aeropuertos con la excusa del terrorismo— hasta la más intrascendente oficina pública en donde la revisión e innecesaria indagatoria de credenciales, por vigilantes empleados por terceras personas, constituyen manifiestas violaciones de los derechos ciudadanos, es decir, represión. Algunos aun más imaginativos afirman que la “guerra” contra el narcotráfico ha permitido en los militares latinoamericanos que antes recibían adiestramiento en la Escuela de las Américas y en Fort Benning seguir bajo la influencia militar norteamericana. ¿No era así como podía verse el Plan Colombia? Carpe diem. □

\* Catedrático, Universidad de Costa Rica

dispuestas a compartir el viaje y los costos de desplazarse en su propio vehículo —a la vez, la universidad podría restringir la entrada a automóviles que tengan dos o más ocupantes—.

Si lo que se quiere es realmente tener un día para que la gente pueda venir a pie, en bicicleta o mediante transporte público, quizás se pueda trasladar la fecha a los meses de enero o febrero, cuando prácticamente no hay lluvias, el volumen de trabajo es usualmente menor, los hijos de los funcionarios no están en clase y la gente está deseosa de perder los kilos de más ganados en las fiestas de fin de año.

Es bueno contar con iniciativas que promuevan la mejora de la calidad del aire, el ahorro energético y la discusión en estos campos. Lo que no me parece es que se impongan estas medidas de poco impacto a largo plazo y lo que generan es un inconveniente a los estudiantes, los funcionarios y las familiares que dependen de nosotros para el transporte. □

\* Profesor